

Introducción

Por Marcela Ferrari (ed.)[□]

(CEHis, UNMdP – CONICET)

El estudio de los actores que especializándose en política contribuyeron a construir en el largo plazo un campo político autónomo, a partir de cuyo desarrollo se hizo necesario el dominio de competencias específicas, constituye un terreno muy fructífero a la hora de pensar los vínculos entre los individuos, las redes sociales en las cuales están insertos, las organizaciones que canalizan la opinión pública y el gobierno del Estado. El análisis de ese movimiento secular, nunca lineal, que desembocó en la profesionalización de los políticos tuvo un fuerte impulso al calor de las investigaciones realizadas o estimuladas por politólogos y sociólogos cuyas reflexiones retomaron las inauguradas por Max Weber a comienzos del siglo XX -entre otros, Raymond Aron y Pierre Bourdieu.

En Argentina, desde las últimas décadas y en coincidencia con la revalorización de “lo político” como campo de investigación, el interés despertado por el tema en las investigaciones históricas y de otras ciencias sociales es creciente. Es destacable el desarrollo alcanzado por los estudios sobre las élites políticas, en buena medida herederos del clásico libro de Tulio Halperín Donghi, *Revolución y guerra...* Comparativamente, es menor el de aquellos referidos a los miembros de elencos políticos profesionales en tanto tales, en buena medida debido al fuerte despliegue de los análisis sobre partidos en los cuales se inserta la acción de los políticos.

Este dossier apunta a recuperar aportes teórico - metodológicos pero, sobre todo, estudios de caso referidos a la Argentina. El objetivo de hacer confluír aportes muy diversos es reflexionar en el largo plazo acerca de “aquella minoría (...) que, conforme a la fórmula de legitimidad y a su traducción institucional, está comprometida en la competencia en la que está en juego el ejercicio del poder... (o)... minoría que engloba a los delegados de quienes detentan el poder”¹ a la cual es posible sumar a quienes ejercen cargos en las organizaciones partidarias y a los militantes que asumen posiciones de conducción.

Es posible rastrear algunas cuestiones que atraviesan el conjunto de artículos aquí reunidos. La primera es el esfuerzo por circunscribir el universo de análisis a los políticos, recortándolos de los partidos, las facciones, las instituciones u otro tipo de organización en los que se desenvuelven, en la medida de lo posible y sin desconocer que éstos dan contexto y sentido a sus prácticas. Las distintas aproximaciones apuntan al análisis de trayectorias y de los recursos que nutren el capital de los actores, a los mecanismos referidos a su reclutamiento, selección y formación y a sus prácticas.

La segunda induce a repensar la pertinencia del uso de categorías analíticas en sentido estricto. Al respecto es claro el señalamiento de M. Offerlé cuando prioriza la comprensión histórica y en el largo plazo de los diferentes procesos que afectan a la

[□] Doctora en Historia. Profesora de Historia General Argentina II en la UNMdP. Investigadora Adjunta de CONICET, con lugar de trabajo en el CEHis, donde dirige el grupo “Actores y poder en Argentina, S. XX”. Ha publicado “Los políticos en la República radical. Prácticas políticas y construcción de poder. 1916-1930” (Siglo XXI, 2008) y “Resultados electorales y sistema político en la provincia de Buenos Aires, 1914-1931” (Archivo histórico R. Levene, 2010), además de compilaciones, capítulos de libros y artículos en revistas de la especialidad. Es integrante del Programa Buenos Aires de Historia Política y directora de PolHis, el Boletín Bibliográfico Electrónico patrocinado por esta asociación

¹ R. Aron (1965), “Catégories dirigeantes au classe dirigeante?”, *Revue Française des Sciences Politiques*, V, XV, N° 1: 7- 27. Cita de las páginas 12 y 13.

formación y consolidación de los políticos por sobre el uso de rótulos que los designen de antemano. Tanto más cuando los individuos pueden entrar y salir de la actividad sin perder la condición de tales. Existiendo esa zona *floue* ¿qué tan apropiado resulta atenerse al encorsetamiento resultante del uso de categorías preconcebidas?

Derivado de ello, la tercera cuestión que atraviesa las contribuciones es la intención de reparar en las particularidades adoptadas por el proceso de especialización o profesionalización en momentos y en contextos específicos. Entender las mutaciones de la lógica política, del orden social que incide en la elección de ciertas personas y no de otras, los criterios de representación, el tipo de Estado en el que se desenvuelven los políticos y la dimensión territorial de la política contribuye a repensar la actividad a partir de la condición de quienes la ejercen.

El dossier fue concebido como un espacio de encuentro en varios sentidos. Se convocó a historiadores, politólogos, sociólogos y antropólogos a reflexionar en torno a los actores que hacen del ejercicio de la política un modo y un medio de vida, ya sea de manera permanente o intermitente. Los textos son fruto de investigaciones que se encuentran en distinto estado de desarrollo. También es diferente el punto de partida desde el cual se llega a los resultados obtenidos. En ciertos casos, los autores se han especializado en el estudio de los políticos y los mecanismos que ponen en práctica para incorporarse a la actividad o ejercer posiciones de poder (Offerlé, Frederic, más recientemente Canelo); algunos han partido de investigaciones referidas a los partidos en los que se encuentran insertos los individuos (Persello, Prol, también Offerlé); y otros, del estudio de actores de poder cuyo desempeño en política constituye una actividad entre otras posibles (Ayrolo, Lanteri).

Los enfoques adoptados son, probablemente, los elementos que introducen mayores diferencias. Cada autor fue convocado en torno al tema general del dossier y asumió el tratamiento de un problema con total libertad. De la multiplicidad de acercamientos aquí reunidos es muy valioso recuperar el tipo de preguntas sugeridas por los distintos artículos a la hora de estudiar a los políticos. ¿Desde qué lugar abordarlos? ¿A través de la lectura de procesos abarcativos, de largo plazo y en diferentes países (Offerlé) o comprendiéndolos en contextos específicos y analizando las situaciones en su complejidad, a partir de estudios etnográficos (Frederic)? ¿Qué valor asignarle a la personalización que constituye una característica en países como Argentina, posible de ser registrada incluso en fuerzas que reniegan de esa práctica por concebirla como un desvío de comportamientos ideales (Persello)? ¿En qué medida el análisis del background y la trayectoria de los individuos que conforman un elenco político (Canelo) contribuyen a explicar la composición social de las instituciones, los espacios de reclutamiento de los partidos políticos y el modo en que esos recursos se reconvierten para nutrir el capital político personal y partidario? ¿De qué manera el perfil de los actores políticos y los grupos de interés o los sectores sociales a los que pertenecen guardan correspondencia con las modalidades de representación que asumen o con las decisiones que adoptan una vez que ocupan cargos políticos (Prol, Ayrolo, Lanteri)? ¿Conviene confiar el estudio de estos actores a las representaciones –y hasta autorrepresentaciones– que se construyen sobre ellos, o bien, tras haber reconocido sin lugar a dudas que el campo político es autónomo y funciona con sus propias reglas, es conveniente bucear en los intereses, los vínculos o las múltiples lealtades cruzadas que asumen y canalizan los políticos como especialistas en política, en una geografía y un período determinados?² Estas y otras cuestiones son disparadas por afirmaciones sostenidas en los artículos de este dossier que, en ocasiones, colisionan entre sí. Aquí se reconoce el valor de cada una de las contribuciones más allá del origen disciplinar y, sobre todo, dejando de lado las modas por las que atraviesan las ciencias sociales. En tanto modas, son siempre pasajeras, proclives a caricaturizar los estudios con los que se discute –aun cuando éstos

² He adoptado esta perspectiva en Ferrari, M. (2008), *Los políticos en la república radical. Prácticas políticas y construcción de poder*. Buenos Aires: 2008.

estén sostenidos en una sólida evidencia empírica- y no necesariamente deben ser aceptadas, mucho menos como universales. Por eso, tratando de adoptar una saludable actitud científica, resulta conveniente dar testimonio de la posibilidad de analizar los políticos desde ángulos diferentes, sin negar legitimidad a ninguno de ellos y con la aspiración de que puedan reconocerse como complementarios. Sobre todo cuando se estudia el pasado y el presente argentino, más necesitado de “un enfoque y otro” que de “uno u otro”.

Todos los artículos hacen referencia, explícita o implícitamente, a la historicidad de los procesos. Ubican a los actores en contextos específicos que condicionan sus prácticas, sus criterios, la lógica de sus acciones, los atributos que los hacen elegibles, los mecanismos que inciden en su reclutamiento, selección y permanencia en política. Cada uno de los textos contribuye a comprender la diversidad en ese “largo movimiento secular durante el cual los actores políticos, especializándose en política, se consagran a esa actividad a tiempo completo”.³ Aportan particularidades en el marco de procesos –y aquí, destaco el plural- siempre cambiantes, complejos, no necesariamente graduales ni de ritmos constantes, atravesados por coyunturas que imprimen giros más o menos bruscos al quehacer político aun en el marco de continuidades. Dan muestras de la imposibilidad de “naturalizar” la existencia de una evolución lineal y paulatina conducente a la profesionalización de la política.

Es posible reconocer dos formas de abordaje en el dossier. En una predomina la reflexión teórico-metodológica y en la otra, el carácter empírico. Dado que sólo un artículo responde al primer tipo de aproximación se ha renunciado, en pos del equilibrio, a traducir esas diferencias en partes. Pero no a señalar qué justificaría que así fuera.

Michel Offerlé realiza un recorrido crítico a través de la agenda de problemas que hacen al estudio de la política como profesión. Combina reflexión, citas de referencia y constatación, valiéndose de los avances realizados –principal pero no únicamente- en Europa y Estados Unidos. De este texto es posible inferir tres ejes centrales a la hora de investigar la profesionalización de la política. El primero refiere a las formas de comprender la profesión política en su historicidad y sus particularidades, sin eludir la referencia a la autorrepresentación de los políticos. El segundo discute con los abordajes sociográficos sobre el personal político; sin embargo, el autor afirma que aunque el *background* de los políticos no explica mecánicamente las vías de constitución, preservación y acumulación de su capital, “sigue siendo una herramienta esencial para comprender finamente las variaciones en la ejecución del trabajo político”. El tercero, repara en las trayectorias individuales, incluyendo los mecanismos de ingreso y salida de la actividad política. Finalmente, el artículo cierra situando la profesión política en las democracias actuales y en el centro de la relación - cada vez más distante- entre representantes y representados, en sentido horizontal: de un “ellos” a un “nosotros” y ya no en sentido vertical entre miembros de una élite y el resto de la sociedad.

Los seis artículos siguientes están dedicados a analizar a los políticos en distintos momentos de la historia argentina. Si bien no se planteó que las autoras respondieran a señalamientos teórico - metodológicos, está claro que existen nexos entre algunas de las cuestiones mencionadas más arriba y los problemas abordados por ellas. Los textos han sido organizados siguiendo un orden cronológico que permite registrar cambios en los perfiles de quienes ejercieron la política antes y después de que el campo político se autonomizara, antes y después de la formación de los partidos y, ya en el siglo XX, destacando las particularidades resultantes de la adscripción político partidaria. Esa estructuración permite registrar diferentes perfiles políticos, distintos mecanismos de reclutamiento, selección y formación de los actores políticos y diversas prácticas de ejercicio del poder en sociedades específicas.

Lejos de toda pretensión enciclopedista, estos artículos no agotan las posibilidades que ofrece el tema ni recorren cada uno de los “períodos” –si se permite una licencia- en que suele dividirse la historia política argentina. Tampoco puede atribuirse

³ M. Offerlé (1999), *La profession politique. XIXè- XXè siècles*. Paris: Belin.

representatividad nacional a los estudios referidos a territorios de poder barrial, local o regional, ni generalizar perfiles o prácticas. En cambio, todos los aportes son muy significativos en tanto muestran un amplio abanico de experiencias en diferentes épocas y espacios geográficos, y aun de criterios de representación.

En este último aspecto, las contribuciones de Valentina Ayrolo y Ana Laura Lanteri son especialmente reveladoras dado el contraste existente con el modo de hacer política desde la ampliación democrática. Sin caer en anacronismos que pretendan identificar procesos de profesionalización en la primera mitad del siglo XIX, muestran la existencia de individuos que dedicaban buena parte de su tiempo al ejercicio de la política con anterioridad a la conformación del Estado nacional y a los gobiernos oligárquicos de fines de dicha centuria. El texto de Ayrolo, situado en la Córdoba de los años 1820 -1852, realza la centralidad de la participación de algunos clérigos en la legislatura provincial en tiempos en que los criterios de representación vigentes en los estados provinciales no terminaban de desprenderse de un orden social regulado por cuerpos. Estos actores sociales, pero también políticos, son estudiados aquí a partir de su perfil, pero sobre todo desde una lógica de representación que no terminaba de cortar lazos con la del período colonial. La autora demuestra que sólo una vez que el campo político fue ganando en autonomía, esos actores fueron desplazados de posiciones de gobierno –aunque, en sentido amplio, siguieran desempeñándose en política.

A mediados del siglo XIX, revela Lanteri, era claro que el campo político había cobrado autonomía. Así, en la Confederación Nacional era posible observar la presencia de individuos especializados en política, a tal punto que alquilaban sus servicios para desempeñarse en el Congreso de Paraná como representantes de provincias en las que no residían ni habían nacido. Discute con interpretaciones que aluden a esta situación como una anomalía, sosteniendo que esos congresales ejercían su mandato como representantes de la Nación sin atentar contra el régimen de representación ni contra las instituciones. Respaldaban su situación con argumentos que invocaban tanto criterios de territorialidad como su propia –y amplia- trayectoria pública. Sólo cuando Buenos Aires se incorporó a la Confederación e impuso otros criterios, la presencia de los “alquilones” fue deslegitimada y denunciada.

Ya en el siglo XX los partidos políticos eran el espacio privilegiado desde los cuales se potenciaban las carreras políticas, como resultado de algunos cambios nacidos en el corazón del “orden conservador” restrictivista cuyos dirigentes aceptaron transitar los desafíos hacia la apertura del régimen político. En un contexto de profundas transformaciones, la inclusión de nuevos actores sociales y políticos, la formación de partidos y, posteriormente, el establecimiento de nuevas reglas de competencia electoral hicieron necesaria la construcción de consenso para disputar el gobierno a los adversarios. En un partido como el radicalismo, al que Yrigoyen representaba como expresión de la Nación misma, una vez alcanzado el poder, las disputas se trasladaron del frente externo al interno. En ese marco Ana Virginia Persello se pregunta qué daba cierta homogeneidad al minoritario antipersonalismo, y busca las respuestas en numerosas trayectorias de líderes radicales opositores a Yrigoyen en varias provincias. El recorrido por las biografías de estos dirigentes le permiten demostrar que no participaban de una identidad común, ni de un estilo impersonalista de conducción sino que sólo se identificaban porque compartían la voluntad de luchar por el control del poder en sus territorios.

Otro momento de profundos cambios políticos en Argentina llegó de la mano del peronismo. Desde el punto de vista del personal político, la principal novedad fue la incorporación de actores de extracción sindical a los elencos gubernamentales, a quienes se otorgó un tercio de los puestos en las listas para cargos electivos de gobierno. El texto de Mercedes Prol muestra cómo la incorporación de representantes de esa extracción al Parlamento entre 1946-1951 y 1951-1955, además de modificar la composición social de las Cámaras, introdujo en la práctica nuevos criterios de representación. Si bien durante el primer período los diputados de origen sindical se identificaron como representantes de la ciudadanía respetando principios propios del republicanism liberal, a partir de 1952, una vez

que en un contexto económico recesivo se discutían leyes que beneficiaban al empresariado, asumieron la defensa de los sindicatos y los asalariados echando mano de criterios corporativos.

Los dos últimos artículos se hallan claramente inscriptos en la historia reciente. El de Paula Canelo analiza el perfil de los senadores argentinos que comenzaron sus mandatos en 1973, 1983 y 1989. Avanza en las características, mutaciones y regularidades de la profesión política. En su estudio de fuerte base empírica, prioriza una aproximación cuantitativa. Destaca los atributos y características sociales y las trayectorias de los senadores argentinos, entre el inicio y el “final de carrera”. En cierta medida, dado que es un trabajo inicial, relativiza la hipótesis que sostiene que los golpes de estado y las dictaduras sucesivas hayan atentado contra la profesionalización de los políticos ya que demuestra cómo algunos miembros de los elencos de 1973 pudieron continuar su trayectoria política durante la última dictadura o retomarla desde 1983.

Por su parte Sabina Frederic, desde una perspectiva etnográfica, instala su análisis en los años 90 e indaga a escala micro cambios en el comportamiento y la autorrepresentación de actores políticos de Lomas de Zamora, una vez que se puso en práctica un proyecto que introdujo la división del trabajo político y el trabajo social, hasta entonces confundidos en un mismo tipo de militancia. Introduciendo la dimensión moral de la política, identifica la manera en que ese cambio afectó a las personas a quienes se reservaba el rol de mediadores de la acción social pero veían limitadas sus posibilidades de hacer carrera política y las resistencias que opusieron. Entre otras cuestiones, esto le permite observar la distancia que a partir de entonces se introdujo entre quienes quedaban a cargo de la política, legitimados por los gobernantes, y los vecinos durante una década signada por el neoliberalismo.

En suma, el conjunto de los trabajos que integran este dossier pone de manifiesto que la investigación de una historia -pero también de una sociología, una antropología y una ciencia política- que coloque el énfasis en el estudio de los actores que hicieron de la política un espacio controlado por especialistas y profesionales tiene grandes potencialidades en Argentina. Los distintos enfoques metodológicos y las temáticas aquí analizadas dan cuenta de ello.